

HUID DE LA FORNICACIÓN

**... el que se une al Señor, un espíritu es con él.
Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está
fuera del cuerpo;
mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca.
¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo,
el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?
Porque habéis sido comprados por precio;
glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales
son de Dios.
(1ª Corintios 6:17 al 20).**

La victoria contra el pecado sensual, se consigue más con la huida, que con la valentía de permanecer en el palenque. José el hijo de Jacob triunfó en Egipto y quedó al fin inocente y casi dueño de Egipto, cuando huyó de su libidinosa señora. De haber permanecido y pecado (y bien fácil que se lo pusieron), otro hubiese sido su destino. Ello contribuyó, aunque no lo pareciera al principio, a que pudiera acoger a su padre y a sus hermanos, permitiendo que se formara un pueblo de Dios.

Del mismo modo que nos apartamos del fuego o del carbón por que nos queman o manchan, así debemos apartarnos de este vicio insolente que lleva a hombres y mujeres a su ruina y perdición. No podemos enfrentarnos a esta inclinación perversa y fuera de razón, porque aun saliendo victoriosos, quedaremos enlodados en sucios pensamientos y en grave peligro de insistir.

Apartándonos de una vez por todas (es difícil, y nadie puede decir que no lo es), encontramos la única manera de salir airosos y hacer la voluntad de Dios. No es que no mostremos comprensión por las caídas de los que no huyen y se pasean por el peligro, pero los males de tal forma de proceder además de ofender a Dios, a nosotros mismos y a otros, traen enfermedades y otros muchísimos males.

Es un enemigo que ataca con tanto más rigor, cuanto más nos acercamos a él. Lo hemos comprobado todos. Solo distanciándose de conversaciones, jactancias, y curiosidad, es como puedes obtener la victoria. Y eso solo lo puede poner en tu corazón el Espíritu Santo, porque Él vela por los que sinceramente se saben vulnerables y claman a Él. "Quien quita la ocasión quita el peligro", dice un viejo refrán.

Cuando nos acercamos a estas cosas en demasía, nuestros pensamientos que antes estaban limpios y reposados, se convierten en un volcán que, de no apartarse y apagar del todo, nos estará empujando al mal. Seamos los cristianos ejemplo de todos en nuestro trato entre nosotros, hombres y mujeres, y no demos **ocasión al diablo** para que se entremeta y nos lleve a su terreno. (Efesios 2:27).

La sobriedad y el respeto, son insoslayables para nosotros. Lo que digan los de afuera no nos interesa.

O vences ese peligrosísimo mal con la huida, o el mal te perseguirá si te advierte asequible. No seamos necios y no provoquemos a un enemigo poderoso, porque aunque le venzamos, como es sucio nos ensuciará y acosará. Alguna escena lúbrica o un acercamiento indebido, nos imprime un recuerdo que no cesará de acosarnos.

El cuerpo y los sentidos son unos traidores, a los que nos conviene a los cristianos tener bien sujetos en sobriedad y equilibrio, contando con el espíritu Santo de Dios que nos sostiene constantemente, mientras a Él y solo a Él le prestemos atención.

La mayoría de los males, sobrevienen porque se menosprecia el castigo. Algunos dicen que el Señor es muy riguroso, pero los flojos castigos y la indolencia y permisividad, hacen que el hombre ande sin temor por los más desequilibrados campos del pecado. ***Por cuanto no se ejecuta enseguida sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal.*** (Eclesiastés 8:11).

No nos fiemos de nuestra fortaleza, porque muchos virtuosos de larga trayectoria cayeron miserablemente. La aproximación a las conversaciones, amistades, y vicios pequeños que llevan a los grandes, ha sido desde siempre el motivo de las más lamentables caídas de grandes reyes, y de grandes hombres de Dios. ¿Cuanto más de nosotros, pequeños y débiles?

David con ser tan gran amador de Dios, pecó de la manera más miserable por estar ocioso, y porque Betsabé no supo estar donde debía. Salomón, con ser tan sabio, también pecó dolorosamente, así como tantos otros ejemplos como nos ofrece la Escritura para nuestro aviso, recato y ejemplo.

De manera hermanos, que estas cosas son de mucho recordar y llevar a cabo, puesto que aunque no nos quememos, saldremos del fuego, rotos y tiznados. Muchos se extrañan, cuando ven que te envuelves con ellos, y los que aunque malos te tenían por distinto y cristiano, dejarán de respetarte, y el Evangelio de Jesucristo quedará en entredicho y ultrajado.

La denostada usanza, por considerarse anticuada, de estar las mujeres en su lugar y los hombres en el suyo, es aún el mejor sistema para salvaguardar el alma de las tentaciones que, en los paganos son naturalmente inducidas, si no hay escrúpulo moral que las encauce por sus legítimas vertientes. La excesiva familiaridad y contactos, bromas, y descoco producen resultados nefastos en los que no son cristianos. Así igualmente en los que son.

A quien esto le parezca que es extremar las cosas, clamo a los verdaderos adoradores de Dios en Espíritu y en verdad, a ver si no se conforman los hombres santos a estas costumbres. La demasiada cercanía enciende una mecha explosiva que da como fruto la fornicación; si no, de otras maldades más perversas para la perpetración de las fornicaciones.

Todos los tratos de cristianos entre hombres y mujeres han de ser prudentes y vigilantes, ya que una pequeña mecha provoca un gran incendio. De ello nos habla el profeta: **No piensan en convertirse a su Dios, porque espíritu de fornicación está en medio de ellos, y no conocen a Yahvé.** (Oseas 5:4).

Si estamos en el mundo y adoptamos sus costumbres, caemos bajo maldición como también dice otro gran profeta: **¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.** (Santiago 4:4). Dios es nuestro mejor amigo, pero no del mundo y sus malas obras y su porfiada enemistad contra Él. Si nos vamos con el enemigo de Dios, no es Dios quien se constituye enemigo nuestro, sino somos nosotros los que nos hacemos de Él. ¿Queremos ser enemigos de Dios? **¿Somos más fuertes que Él?** (1ª Corintios 21,22).

A los fieles que confían en Él, y detestan las mundanidades que llevan a la tentación por la relajación de las costumbres, Dios les dice por boca de Pablo apóstol: **Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder.** (1ª Corintios 6:13,14).

AMDG